

EL MARQUES DE SANTA CRUZ DE MARCENADO ⁽¹⁾

POR

EL EXCMO. SR. GENERAL JEFE DE ESTADO MAYOR
DON NICOLAS BENAVIDES MORO

Sean mis primeras palabras para testimoniar mi gratitud a la Universidad de Oviedo por el honor que me ha hecho al invitarme a pronunciar esta conferencia.

Esto me permite, también, rememorar años de juventud, en los que, siendo ya Oficial del Ejército, estudié en esta gloriosa Universidad los tres primeros cursos de la carrera de Derecho, que terminé en la de Valladolid.

Pero es que, además, Asturias tiene para mí el máximo atractivo.

Soy leonés, y este ya es, por sí solo, un motivo para amarla y un título de hermandad.

Desde niño vine a Asturias con frecuencia. Estuve, de Teniente, prestando servicio en el entonces Regimiento del Príncipe y, años después, ya de Capitán de Estado Mayor, trabajé durante

(1) Conferencia pronunciada en la Universidad de Oviedo el 3 de septiembre de 1945.

más de cuatro en el Mapa Militar de esta hermosa región, que recorrí en todos los sentidos, desde los Picos de Europa a las márgenes del Navia y del Eo.

Las caleyas y las veredas, las altas montañas y los valles verdes y serenos, me conocen bien. Sé lo que es marchar por este accidentado campo, a veces en largas jornadas a pié o a caballo, bajo el orbayo y la lluvia, y me extasié muchas veces oyendo las bellas canciones de esta tierra, que surgían entre las pomaradas y los maizales.

Recorrí las brañas y las alzadas de los *vaqueiros* (inolvidable fué uno de estos viajes, acompañado por mi buen amigo Juan Uría, por el Cornón de Peña Rubia, la alzada de La Peral, y otras, hasta el poblado vaqueiro de Lumajo, en la vertiente leonesa), y, llevado de mi amor a la Prehistoria, visité las cuevas del Morcín, de Tuñón, de Candamo y otras que, acaso, pocos conocían.

Gracias, pues, señores, por haberme permitido con vuestra invitación, que vuelvan a mí recuerdos tan llenos de belleza y de emoción.

Al autorizármese para elegir tema para esta conferencia, y defiriendo muy gustoso al deseo que me expresó, en el pasado verano, el ilustre Rector Magnífico de este alto Centro de cultura, me decidí a hablar del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, gloria de España y de Asturias.

Perdonadme este exordio.

El tiempo es corto y la materia mucha. Por ello mi lenguaje ha de ser escueto y conciso, sin galas retóricas, poco asequibles para mí, y, además en este caso, inadecuadas.



Me es forzoso dividir esta conferencia en dos partes: una relativa a la vida del Marqués, y otra referente a sus escritos, y de modo especial, a su magna obra *Reflexiones Militares*.

Quisiera recrearme, solamente, en el examen de esta, pues ella

sola merece, no una, sino muchas conferencias; pero entiendo que, aunque sea bien conocida la vida de tan extraordinario personaje, conviene recordarla por su altísimo valor como ejemplo vivo de una existencia consagrada al servicio de la Patria, con las armas y con la pluma, y exponer, con breve comentario, sus principales episodios, porque ellos nos dan la clave de la grandiosa obra que perpetuó su nombre.

Y ello es fundamental.

EL MARQUES DE SANTA CRUZ DE MARCENADO

SU GLORIOSA VIDA

He aquí, brevemente descrita, la brillante trayectoria de aquella vida ilustre.

Sus jalones principales son bien conocidos, pero nos creemos obligados a exponerla, no solo por la delectación que su descripción produce siempre, sino por la necesidad de comentar algunos de sus más destacados episodios, porque ellos nos dan, en gran parte, como hemos dicho, la clave del contenido de su monumental obra *Reflexiones Militares*, en la que va a concentrarse principalmente nuestra atención por su alto valor político-militar y su fondo filosófico, y por la universal difusión que alcanzó tan valiosa obra.

Nace D. Alvaro Navia Osorio Vigil el 19 de diciembre de 1684 en la casa solariega de la Atalaya, en Santa Marina de Vega, o de Veiga, en Puerto de Vega, del Concejo de Navia.

El nombre de la casa en que nació parece simbólico, y como de predestinación, y acaso Navia Osorio lo tuvo siempre presente, pues, siempre también, pareció estar en atalaya, oteando y observando cuanto pudiera beneficiar o dañar a España, en cuya grandeza tuvo constantemente fijo su pensamiento.

Según alguno de sus biógrafos, estudió en sus primeros años en el convento de Santo Domingo, de Oviedo, pero lo que está

fuera de toda duda es que cursó en su gloriosa Universidad gramática latina, retórica y otras materias que dieron sólido cimiento a la portentosa cultura que llegó a alcanzar y en la que resalta un dominio grande de la filosofía y las humanidades.

En la edición de sus célebres *Reflexiones Militares*, de 1885, una de las mejores en lengua castellana, en las notas o «Ilustraciones» de la Biografía del Marqués de Santa Cruz de Marcenado que precede a la obra, se citan, a este respecto, los asertos del Sr. Fuertes Acevedo, de D. Juan Rodríguez Araujo y del que fué ilustre Rector de ella D. Fermín Canella Secades, éste en su *Historia de la Universidad de Oviedo* (1).

GUERRA EN ESPAÑA

A la muerte de Carlos II, y advenimiento de la dinastía borbónica al trono de España en la persona de Felipe V., España y toda Europa se dividieron, por causas bien sabidas, en dos bandos irreconciliables que lucharon enconadamente en la llamada Guerra de Sucesión.

Asturias se une a Castilla, en favor de la causa de Felipe, levanta y costea un Regimiento, y confía su mando al joven Navia Osorio, que a los 19 años interrumpe sus estudios y es nombrado Maestro de aquél. Su bandera ostenta la Cruz de los Angeles. Algo verían en él para nombrarle.

El Rey de Portugal, que cree poder beneficiarse de la situación planteada, tiene algunas aspiraciones sobre España y, para lograrlas, se une al adversario de Felipe, el Archiduque Carlos de Austria.

Los lusitanos hostilizan en la frontera con Galicia, y el Tercio Nuevo de Asturias recibe la orden de guardar la línea del Miño. El

(1) Salvo estos estudios, que indudablemente le dieron gran base, su enorme cultura la adquirió en clara formación de autodidacto.

joven D. Alvaro Navia Osorio va con él allí, y se presenta al Capitán General de Galicia, Conde de la Atalaya.

Es curioso que comenzara su vida militar en campaña bajo el mando del general cuyo título le recordaba su solar natal, lo que le haría pensar en el honor de éste y reforzaría su innato marcial sentir.

Ya está en su primera campaña; en servicio de *cobertura de frontera*, lo que no realiza en forma defensiva, sino activa, audaz y dinámica.

Con sus asturianos bisoños, pero valientes, cubre aquella parte de la frontera, y sus hombres se mueven en pequeños destacamentos y guerrillas, y hacen emboscadas, impidiendo la penetración de los guerrilleros portugueses, con los que sostuvieron combates. D. Alvaro y sus soldados se apoderan de la isla de Caldelas, en dicho río (1703).

Todo esto constituyó el bautismo de fuego del entonces aún Vizconde de Puerto, al comienzo de su azarosa vida militar y, probablemente, de sus reflexiones filosóficas, políticas y militares sobre la guerra. Acaso comenzó allí, ya, a tomar sus primeras notas sobre lo que los hechos le sugirieran.

En 1.º de enero de 1704 pasó con su tercio de Asturias a Ciudad Rodrigo, a relevar al Regimiento de Córdoba.

Sigue de *cobertura de frontera*, pero ahora en *guarnición de una plaza*. Enemigo de la inacción, pide al Gobernador Militar de aquella, D. Antonio de Vega (1) Acevedo, le autorice a hacer salidas contra los portugueses, con los que sostiene combates, destacándose los que tuvieron lugar entre Alfeiates y Villamaior el 31 de mayo de dicho año. Su experiencia crece. Sus meditaciones sobre la guerra, continuarían.

Felipe V hace reformas militares y el Tercio se convierte en Regimiento. Esas reformas le harán meditar también, respecto a organización militar.

(1) El primer apellido de su segundo General, también le recordaría su tierra.

Así sigue, entre sus algaradas y los ocios de guarnición, siempre su espíritu avizorando lo que pasaba dentro y fuera de España, y que afectase a ésta, causándole profundo dolor la pérdida de Gibraltar (4 de agosto de 1704).

El 20 de mayo de 1705 un ejército anglo-portugués sitia Ciudad Rodrigo, que, tras corta y brava resistencia, capituló el 25 con todos los honores de la guerra

La plaza era pequeña, y sencillas sus fortificaciones.

La guarnición era insuficiente y tal decisión no incumbió, naturalmente, al Vizconde de Puerto sino al gobernador de la plaza.

He aquí que aquél acababa de pasar por nuevos trances aleccionadores: estuvo *sitiado en una plaza, defendió bravamente sus murallas y conoció el dolor de una capitulación.*

Sus sentimientos de dignidad herida se removerían profundamente, y su pluma los reflejaría en su diario íntimo aumentando el incipiente caudal de su experiencia reflexiva.

Figurando en la capitulación de dichas tropas el compromiso de no combatir durante seis meses, no se le pudo dar mando de tropas. Se le nombró, no obstante su juventud, para el importante cargo de Inspector general de Andalucía y presidios de Africa. *Cruza por primera vez el Estrecho.* Gibraltar, ya en poder de los ingleses, aumentaría su dolor en tales momentos. Seguía pisando firme en la carrera de las armas, e inspirando cada día más confianza por sus altas cualidades.

Crece su experiencia, toca nuevos problemas, medita y anota siempre.

He aquí, ya, su primer contacto con Africa, en la que había de morir gloriosamente.

Pasado el plazo prohibitivo, marcha en 1706 con su Regimiento de Asturias, a Navarra, donde entra en un nuevo período de la guerra, y en un nuevo tipo de ésta (*la guerra de montaña*) a las órdenes del Marqués de Saluzzo, cuyas fuerzas recorrían la frontera entre Navarra y Aragón (otra vez en *acción fronteriza*, esta vez interior, de los dos antiguos reinos), persiguiendo y acosando a los

partidarios del Archiduque en los distritos de Tudela, Cascante y Tarazona, y asistiendo a la toma de Magallón.

Esta fué su tercera campaña. Va ampliándose su práctica profesional, y ve más dolores y miserias de la guerra. Y medita siempre. Y escribe.

La guardia fronteriza está montada ante la región de Cinco Villas de Aragón: Sos, Uncastillo, Sádaba, Tauste y Egea de los Caballeros.

En Egea está el cuartel general de los partidarios de Carlos de Austria en aquella zona. El implacable Saluzzo la sitia y ataca con varias columnas, una de ellas al mando de Navia Osorio.

Ahora le vemos en una nueva misión de guerra: como *sitiador y asaltante*.

Los sitiados resisten bravamente, pero son vencidos, y (signo doloroso de aquella guerra civil, feroz y apasionada), la población fué entregada a la matanza y el saqueo, excepto por la tropa de Navia, que fué mantenida por éste en la *disciplina* y la *moderación*, lo que—teniendo en cuenta que solo tenía 22 años—le da la más alta categoría, por el temple de su carácter y por el concepto magnífico que muestra, adelantándose a su época de lo que debe ser la guerra. Se distinguió por su ardor y acierto en la pelea y por su magnanimidad para el vencido.

El triste espectáculo que presencia le hace filosofar sobre el gran drama de la guerra. Y siguen sus notas, que son sus *Reflexiones*.

Queda, después, su Regimiento guardando la línea de Sádaba a Sangüesa, creyéndose que en este período, llevado de su laudable deseo de distinguirse (1) debió desempeñar importantes comisiones del servicio en los ejércitos de Valencia y Castilla, según se hace observar en la edición de las *Reflexiones*, de 1885, ya citada.

Ahora le vamos a ver en una nueva función de guerra: *el socorro de una plaza*.

(1) La «honrada ambición» que habían de aconsejar, pocos años después, las Ordenanzas Militares de Carlos III.

Jaca estaba asediada por los partidarios de Carlos, y las tropas de Saluzzo van a liberarla. Con ellas iban el Vizconde de Puerto (1), y, según sus biógrafos, a su audacia y valor se debió el éxito de la liberación de aquélla, y la entrada del importante convoy que allí llevaban.

Aquí vemos a Navia triunfar en una operación de guerra siempre difícil: *el paso de un río a viva fuerza*. El río Javierre, o Xavierregay (2) venía crecido, y en la orilla opuesta a la dirección de la marcha el enemigo defendía el paso enconadamente. Los soldados de Saluzzo no se atrevían a pasar el río, pero Navia se lanzó a él y con el agua a la cintura lo pasó, seguido ya de aquéllos, y atacó las posiciones enemigas, tomándolas. A su arrojo se debió el socorro de Jaca, que fué liberada y abastecida (marzo 1707).

Hay un período de descanso; hasta junio de aquel año.

A fines de ese mes, va la columna contra Ainsa, en la que están los enemigos, la cual fué tomada abriéndose así la comunicación con el Condado de Ribagorza. Este éxito se debió principalmente, al valor, audaz y reflexivo al mismo tiempo, del Vizconde de Puerto.

Parece que en ese combate fué herido dos veces.

Aquí actúa, de nuevo, como *atacante* y *asaltante*.

Ya en dicho Condado, (fines de agosto), el Regimiento de Asturias se divide en destamentos y pequeñas columnas, que reco-

(1) Aún tenía, solamente, ese título.

(2) No existe «río Javierre», pero hay un pueblo llamado Javierregay, al Oeste de Jaca, sobre el río Aragón (también se llama así el río que pasa al lado de Jaca, y ambos confluyen cerca de Puente de la Reina). Quizá se llamó «río de Javierre, o de Javierregay» a la parte de aquel «río Aragón» inmediata a dicho pueblo, lo cual ocurre en otros sitios, como nombre local.

Creemos se trata del Río Aragón Subordán, que, como decimos, se une en Puente la Reina con el otro río Aragón—el de Jaca—conservando este nombre en el resto de su curso. Del río Javierre habla la ed. de 1885, y del Xavierregay una obra reciente—interesante en varios aspectos—de Manuel Sánchez Arco, titulada *El Marqués de Santa Cruz de Marcenado*, de la que hemos tomado algunos datos.

rrén el país. D. Alvaro, con una de ellas, derrotó a los migueletes, que trataron de sorprender el Puerto de Lascuarre.

Sigue aquel *en guerra de montaña*, y por tanto, en campo abierto, poniendo en práctica la audacia, la cautela y la movilidad.

Practica con habilidad el servicio de información, tan útil en la guerra, principalmente en la utilización del espionaje y el contraespionaje.

En septiembre de dicho 1707 fué ascendido a Brigadier por sus méritos de campaña; y por ser el Coronel más antiguo, pues acaso lo primero no hubiera bastado, con ser mucho, dada la tacañería con que siempre se le trató.

Continúa guerreando en la zona montañosa aragonesa lindante con Lérida.

Después pasa con el Regimiento a Barbastro, para custodiar sus almacenes y hospitales. Los partidarios del Archiduque atacan la plaza, siendo rechazados.

Aquí se vió *atacado en golpe de mano*, hecho cautelosa y audazmente.

Hace el Vizconde frecuentes salidas al campo, y en una de ellas (10 noviembre 1707), con una pequeña columna, batió a otra mayor de migueletes en el pueblo de Naval, persiguiéndoles y derrotándolos de nuevo en Banabarre, poco después.

He aquí un hecho interesante, aunque se trate de pequeños combates.

En el de Nadal, inmediatamente al triunfo, *explota el éxito persiguiendo al enemigo*, no dándole descanso y volviendo a batirlo.

Eso, seguramente, no lo vió Federico II, que había estudiado la vida y la obra del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, pues de haberlo visto e interpretado en su alta significación, lo hubiera practicado también. Y no lo hizo. Federico no *perseguía* al enemigo derrotado. Se limitaba a triunfar y recoger el botín que el enemigo abandonaba.

Federico, genial en tantas cosas de la guerra, parecía, en efec-

to, tener el erróneo concepto expresado en la frase vulgar: *A enemigo que huye, puente de plata.*

Navia Osorio, no. A enemigo que huye hay que aniquilarlo, impedirle rehacerse y que vuelva a ser una fuerza en acción. Aquí se destaca de los métodos imperantes en su tiempo, y es precursor, en esto, de Napoleón, el cual consta que leyó a Santa Cruz en su magna obra, y acaso inquirió su vida y se fijó en esta persecución en la que otros generales no habían reparado.

Napoleón, que dijo que en la guerra no veía más que una cosa: *las masas, para destruirlas*, (1) fué quien tuvo el más amplio concepto de la explotación del éxito, con la persecución implacable de los restos de la fuerza vencida, llamándose «memorable» a su persecución de los prusianos vencidos en la doble batalla de Jena-Auerstaedt, (1806), aniquilando a las tropas derrotadas y haciendo imposible a Prusia hacerle frente de nuevo, en mucho tiempo.

Navia Osorio tuvo, antes, algún tiempo, su cuartel general en Graus, a lo que alude en sus *Reflexiones*.

No hay detalles de todas sus operaciones de *guerra de montaña*, lo que es sensible, pues se trató de un período muy activo, lleno de combates, marchas, sorpresas y episodios diversos, con todo lo cual iba creciendo su experiencia y reflejando sus meditaciones en sus notas diarias.

Tras la victoria de Almansa (abril 1707) las tropas de Felipe V mandadas por el Duque de Orleans, «después de someter a Valencia y para amenazar a Cataluña y Aragón se encontraron en Fraga, corriendo sus forrageadores la ribera del Ebro» (2), atacando después el Duque a Lérida que fué tomada en octubre de aquel año.

Se ordenó al Regimiento de Asturias que fuese a dicha plaza, pero poco después tuvo que volver a Benabarre, para, con el Regimiento de Pamplona, dominar el valle de Benasque.

(1) Después hablaremos de la ocasión en que lo hizo.

(2) Dice la ed. de 1885.

Vuelve el Vizconde de Puerto a la guerra, ahora de *alta montaña*.

Estas fuerzas toman el puente de Montañana, con lo que se unió el «ejército del Duque de Orleans con el de Noailles, que se posesionó de Urgel», dice la ed. de 1885 de las *Reflexiones Militares*.

Parece que estuvo entre Benabarre y Benasque, en guarda vigilante y activa de aquella línea de montañas (cuyos principales episodios no constan) hasta mayo de 1708, en que, habiendo decidido Felipe V cortar las comunicaciones del enemigo entre Valencia y Cataluña, tomando a Tortosa, marcha nuestro héroe con su Brigada a esta empresa, en la que iba a tomar parte también a las órdenes del Duque de Orleans.

Llama la atención la ed. de 1885 sobre la ausencia de testimonios de la época (Comentarios del Marqués de San Felipe, Feliu en sus *Anales* y *Gaceta de Madrid*) respecto a la asistencia del Vizconde de Puerto al sitio y asalto de Tortosa; pero, en cambio, figura esto en los *Retratos de los españoles ilustres*, obra mandada escribir oficialmente poco después, y el Conde de Clonard afirma que asistió. También se deduce esto de lo que escribe Marcenado en el Libro XIV de sus *Reflexiones Militares*, como testigo o actor en dicho sitio. Dice:

«El año 1708, que las armas de las dos Coronas (1) atacaron a Tortosa, el señor Duque de Orleans facilitó la seguridad de convoyes, vivanderos y pasajeros distribuyendo en la forma arriba expresada una guardia a cada media legua o tres cuartos desde el ejército hasta Batea, que son ocho horas de camino, y en Batea estaba un Regimiento para dar el socorro que necesitasen las guardias más próximas a aquel pueblo y más lejos del ejército que atacaba la plaza».

Resulta de los testimonios favorables (contrarios no los hay)

(1) Así escribe muchas veces. Parece referirse a España y Francia.

que tomó parte en el asedio y en el asalto de Tortosa (que fué duro y cruento) a la cabeza de sus tropas.

Aquí le vemos, ahora, nuevamente, como *sitiador y asaltante*, pero esta vez en sitio regular y metódico, y a una gran plaza bien fortificada, con lo que añade una interesante faceta a su experiencia militar, tomando notas, al quedar guarneciendo dicha plaza luego de ser conquistada, que se reflejan en el citado Libro XIV.

De nuevo, pues, le vemos de *guarnición de plaza*, como en Ciudad Rodrigo.

Starenberg, para recuperarla por sorpresa, realiza en la noche del 1.º de diciembre de dicho año un audaz y potente ataque a aquella plaza, mezclándose asaltantes y asaltados en dura lucha, en la que actúa bravamente el Regimiento de Asturias cuyo Teniente Coronel muere en el combate. También murió el Gobernador de la plaza D. Adrián Betancourt. Navia Osorio, que había acudido a todos los puntos de peligro, tomó el mando de la plaza, y el empeñado ataque de Starenberg fué totalmente rechazado.

Otra vez, también como en Ciudad Rodrigo, actuó como *defensor de una plaza*, pero ahora quedó de Gobernador y salvó la plaza. Seguramente allí hubiera ocurrido igual o, por lo menos, hubiese extremado su defensa, dando acaso tiempo para que fuera socorrida, si hubiera sido Gobernador de ella.

GUERRA EN ITALIA

Habíamos perdido Italia. Los italianos que habían mantenido durante siglos excelente relación con España, perteneciendo extensos territorios suyos a la Corona de Aragón, estaban descontentos bajo el dominio austriaco. Esto indujo a Felipe V a intentar la reconquista de lo allí perdido.

La expedición sale a las órdenes del General Armendariz, y en ella va el Regimiento de Asturias que se había trasladado en 1709 al reino de Valencia, embarcándose con su Brigadier Navia Osorio en el puerto de Alicante.

Nuevos matices en la azarosa vida militar de Navia Osorio, y nuevos motivos para sus reflexiones. Se embarca, *empieza sus expediciones marítimas*, para navegar, luchar y sufrir en la parte occidental del Mediterráneo, que tantos años señoreó España.

Así como en Ciudad Rodrigo conoció el dolor de la capitulación, aquí sufrió el de la *traición*, para que no dejara de experimentar ninguna de las grandes emociones de la guerra, así las favorables como las adversas. El Duque de Uceda, que iba en la expedición (que había salido con injustificado retraso), estaba en relación secreta con ingleses y austriacos, y la abandonó.

La vigilancia de la escuadra inglesa frustró el intento, escapando parte de la española y desembarcando el resto en Ajaccio, capital de la isla de Córcega (donde en aquel siglo, en 1769, había de nacer Napoleón I) y, con ellas, Navia Osorio, que las salvó, así como víveres y municiones, quedando al frente de lo antedicho (1710).

En septiembre de 1711, según el Conde de Clonard, se reembarcaron estas fuerzas para Porto Longone, en la isla de Elba, y de allí se trasladaron a Porto-Ercole en la costa italiana de Toscana, a principios de 1712, saliendo de aquel lugar en abril una columna mandada por un Coronel, que es posible fuera Navia Osorio, contra los austriacos que defendían a Orbitello, la cual se apoderó de la torre de Peschiera, aún cuando después hubo que volarla y retirarse a Porto-Ercole, que, a su vez, tuvo que capitular más adelante, transportándose la guarnición a la isla de Sicilia. Así se dice en la ed. de 1885 (Biografía de Navia Osorio).

Observemos a lo anterior que entonces no era Coronel Navia Osorio sino Brigadier; pero esto no quita posibilidad a su intervención.

Aquí vemos a nuestro héroe en operaciones de *embarque y desembarque* y en otra pequeña función de guerra. Ve, observa y anota.

Le vemos también en la isla de Elba, otro de los lugares ligados a la historia de Napoleón Bonaparte.

En Sicilia actúa en guarda de la isla contra los austriacos.

Llega la paz de Utrecht, 1713. Por ella termina en Europa la guerra de Sucesión al trono de España, renunciando Felipe V al de Francia y evacuándose cuanto ocupábamos en Italia.

OTRA VEZ EN ESPAÑA

Sicilia fué entregada al Duque de Saboya, que se tituló Rey de Sicilia, y evacuada por nuestras fuerzas. Como la guerra seguía en Cataluña, allí fueron éstas, en las cuales estaba el Regimiento de Asturias, con Navia Osorio. Van a Barcelona, en cuyo sitio (1714) toman brillante parte, distinguiéndose extraordinariamente en él Navia Osorio.

Le vemos, pues, de nuevo, como *sitiador y asaltante de una plaza*, esta vez, la más fuerte que había en España.

Allí mostró el más alto valor en el ataque, y habilidad en los incidentes del sitio.

En el viaje marítimo de Sicilia a Barcelona hubo un episodio que fué para Navia Osorio nuevo riesgo y nuevo objeto de meditación. La expedición es atacada por buques *corsarios turcos*, cerca de Mahón, viéndose en gran peligro parte del Regimiento de Asturias, que tuvo que desembarcar allí rápidamente para escapar al cañoneo de aquéllos.

Después, la expedición se rehace, y, bajo el mando del Vizconde de Puerto, sigue su viaje, desembarcan las fuerzas en Barcelona a fines de enero de 1714, y, a continuación, pasan a tomar parte en el citado sitio de aquella plaza, que se venía prolongando infructuosamente desde gran parte del año anterior, y para reforzar a los sitiadores fueron enviadas allí las tropas mandadas por Navia Osorio, por su prestigio.

El 12 de septiembre de 1714, tras dura lucha, se rindió Barcelona, con lo que termina definitivamente la guerra de Sucesión, que había ensangrentado a España en feroz contienda civil, durante once años.

Ahora asiste a la *capitulación de una plaza*, pero no como en Ciudad Rodrigo, sino como vencedor.

Esta larga y dura lucha entre españoles (que incluso en el sitio de Barcelona tuvo terribles momentos) le inspira dolorosas consideraciones, que va anotando cuidadosamente.

Terminado el sitio de Barcelona, queda Navia Osorio con sus fuerzas (entre ellas el Regimiento de Asturias) acantonado en Cataluña algunos meses. Este Regimiento pasa en 1715 a la costa andaluza y va a reforzar la guarnición de Ceuta. D. Alvaro fué nombrado en dicho año *Inspector de las tropas de Andalucía y Presidios de Africa* (por segunda vez, pues) y, con este motivo volvió a cruzar el *Estrecho*, con el dolor de saber a los ingleses siempre en Gibraltar, y a visitar Ceuta, donde dejó grato recuerdo.

De nuevo, por tanto, *volvió a Africa*, pero ni en esta estancia ni en la anterior hubo guerra allí, y esto le privó de una experiencia que hubiera necesitado en el último episodio de su vida militar: el que le costó la vida, en Orán, como veremos al tratar ésto.

Al fallecer su madre, en julio de 1717, Navia Osorio, hasta entonces solamente Vizconde de Puerto, hereda el título de Marqués de Santa Cruz de Marcenado, con el que es más conocido, y al que dió fama inmortal, especialmente con sus *Reflexiones Militares*.

El Regimiento de Asturias estuvo en Ceuta hasta noviembre de 1717, en que marchó a Cádiz, y, de allí, a principios de 1718, va a Barcelona, donde embarca en junio, para la expedición de que vamos a hablar.

Alberoni había sugerido en 1717 a Felipe V la reocupación de Cerdeña y Sicilia. Se preparó sigilosamente, por Patiño, la expedición, en que iba un cuerpo de desembarco mandado por el Marqués de Ledesma. En dicho año quedó ocupada Cerdeña.

Visto este éxito, se prepara otra expedición para ocupar Sicilia, también con un cuerpo de desembarco (más poderoso que el anterior) mandado por Ledesma, en el que iba el ya Marqués de Santa Cruz de Marcenado, siempre con su Regimiento de Asturias, la cual salió del puerto de Barcelona el 18 de junio de 1718. La escuadra toca en el puerto de Cagliari (castellanizado por nuestros

hombres con el nombre de Caller), capital de Cerdeña, uniéndose allí al citado cuerpo el general Armendariz con las fuerzas que no eran necesarias en Cerdeña, y siguiendo la armada a Sicilia.

Había ascendido a Mariscal de Campo en 22 de mayo de 1718 (ed. 1885).

De nuevo vemos a nuestro D. Alvaro en *expedición marítima*, en el Mediterráneo occidental.

Se trata de arrojar de él a los austriacos, que dominaban en Italia y en sus islas. Pero este sueño de Alberoni alarma de nuevo a los ingleses, que no quieren una España poderosa, y, de nuevo también, muestran su maestría en la formación de coaliciones contra cualquier poder que haya en Europa, inquietante para ella, y ahora organiza la Cuádruple alianza (el Imperio Alemán (1), Holanda, Francia e Inglaterra), que se pone en frente de la acción española.

El Marqués de Santa Cruz había quedado en Cerdeña, donde, por haber muerto el Gobernador de la plaza de Caller, D. José de Amézaga, queda como tal, en 1 de septiembre de 1718.

También se le nombró Inspector general de Infantería y Caballería de la isla, y Gobernador interino en ausencia y enfermedad de D. Gonzalo Chacón.

Nuevos cargos, nueva experiencia y, con ella, la correspondiente responsabilidad. Sus notas y sus reflexiones seguirían.

La reconquista de Sicilia, en la que no tomó parte, pues, comenzó bien pero la escuadra inglesa protege el paso de soldados alemanes por el Estrecho de Mesina, y el refuerzo de esta plaza. A continuación ataca, sin previo aviso, a la española, a la altura de Siracusa, y la derrota, después de dos días de duro combate, por su mejor armamento.

Nuestras tropas quedan allí aisladas.

En Sicilia se dan varias batallas en las que perdemos, poco a poco, terreno.

(1) El Sacro Imperio Germánico, a cuyo frente está Austria.

La escuadra inglesa domina el mar y permite el refuerzo de los imperiales, mientras impide el de nuestros soldados.

Marcenado, imposibilitado de luchar con ellos, realiza una importante labor, organizando y enviando pequeños *convoyes de socorro*, que burlando a los ingleses, desembarcan en Sicilia.

Es una nueva faceta de su vida militar.

Perdemos Sicilia. En 28 de octubre de 1719 salen de Mesina nuestras tropas, con todos los honores de la guerra, eso sí.

Felipe V destituye a Alberoni por haberle metido imprudentemente en tan descabellada empresa.

La pérdida de Cerdeña sigue a la de Sicilia. El Marqués de Ledesma, en mayo de 1720, suscribe, previamente autorizado, convenios con otros generales, inglés y alemán, para el abandono definitivo de ambas ideas.

Los sardos reconocen como Rey al Duque de Saboya, y éste nombra como Comisario suyo allí a Saint Remy, al que unos autores titulan Conde y otros Marqués. D. Alvaro le titula Barón en sus Memoriales de queja contra él.

Solo había sido atacada Sicilia.

Cerdeña fué evacuada sin combatir. No pareció prudente a los imperiales atacarla, pues estaba defendida por 4.000 valientes soldados españoles, gobernando la isla el General D. Gonzalo Chacón, y la plaza de Caller D. Alvaro Navia Osorio, del que dice el Marqués de San Felipe, en sus *Comentarios*, que era «hombre esforzado y vigilante, que puso aquel castillo en el mejor estado de defensa».

Llega ahora para Marcenado un período de su vida en el que sufre grandes amarguras.

Al ser abandonada Cerdeña, debían, los españoles, según lo convenido, dejar toda la artillería de sus fuertes. Pero faltaban algunos cañones, que habían sido sacados de allí por conveniencias de la guerra. Y, para responder de que serían devueltos, quedó en Caller el Marqués de Santa Cruz como rehén. El nuevo Gobernador, o Comisario, Saint Remy, le hizo objeto de muchas humilla-

ciones y descortesías, confinándole en la plaza e impidiéndole relacionarse con muchas personas que en la isla le trataban y querían, lo que soportó con dignidad y entereza.

Cansado de esta vejatoria situación, y viendo que pasaba el tiempo sin que el Gobierno de Felipe V devolviera la artillería ni hiciera nada por remediar aquélla, dirigió en 26 de julio de 1721 una representación al primer Ministro del Rey de Cerdeña, (Víctor Amadeo II de Saboya, que residía en Turín), de la que mandó copia al Marqués de Grimaldo, primer Ministro de Felipe V, quejándose del pésimo trato que recibía de Saint Remy, y pidiendo le autorice a salir de Cerdeña, aunque siga como rehén.

Víctor Amadeo II, Duque de Saboya y Rey de Cerdeña, hombre culto y comprensivo, que conocía el valer de Marcenado, accede, y le llama a sí autorizándole a residir en Turín (1). Navia Osorio abandona Caller, desembarca en Génova y se dirige a la corte de Víctor Amadeo.

Saint-Remy era un soldado oscuro cuyo nombre no había de pasar a la historia más que con este antipático recuerdo, mientras que Marcenado había de vivir siempre en la memoria de los gentes, lleno de gloria.

Marcenado estuvo en Turín, ciudad que era un foco de cultura, los cinco años que van de 1722 a 1727, en los que, por la incalificable incuria y la falta de seriedad de los gobernantes de Felipe V al no devolver la famosa artillería de Caller, sigue D. Alvaro oficialmente como rehén, pero en realidad como amigo y consejero de Víctor Amadeo que le cobró gran afecto y le consultaba los más arduos asuntos.

En ese largo período de obligado remanso en su agitada vida, el Marqués de Santa Cruz de Marcenado conoce asuntos de Estado, representa en cierto modo a España en aquella corte, trata diariamente a diplomáticos, generales y hombres de ciencias y letras, lee muchas obras de las ricas bibliotecas de Turín, acrecen-

(1) Esta ciudad era capital del reino de Cerdeña desde 1720.

tando su extraordinaria cultura y, sobre todo, ordena y compulsa sus notas de paz y de guerra, componiendo su grandiosa obra *Reflexiones Militares*, de la que publica allí diez tomos, en esta forma: Los I, II y III fueron impresos en 1724, los dos primeros por Juan Francisco Mairesse y el tercero por Alejandro Bimercato; los IV, V y VI en 1725, el IV por Bimercato y los V y VI por Mairesse; el VII en 1726, por Bimercato, y los VIII, IX y X en 1727, el primero y el último por Mairesse y el segundo por Bimercato.

El tomo XI fué impreso posteriormente en París, por Simón Langlois, de lo que ya hablaremos.

También en ese tiempo concibió y compuso otra obra, con un largo título, propio del barroquismo de la época.

Rapsodia económico-político-monárquica, que se imprimió luego, en Madrid, en 1732, en la «Oficina», o imprenta de Antonio Marín, y en el que habla de Economía (a la que concedía la gran importancia que tiene en los Estados), del comercio en las Indias, de la Marina, de las Rentas y de otras interesantes cuestiones. Es un tomo en 8.º

Igualmente concibió y preparó entonces la redacción de un *Diccionario Universal* (que insertó en el tomo octavo de las *Reflexiones*), y que es considerado como el primer Diccionario Enciclopédico.

Fué, pues, aquel período en que estuvo alejado de la actividad militar, altamente fecundo y pleno de realizaciones valiosísimas.

Tras esta brillante etapa de su vida, viene otra, no menos notable, en la que D. Alvaro actúa, con gran acierto, en una actividad ajena a la profesión militar, pues que lo hace como diplomático, de lo que ya había dado elocuentes pruebas.

Después de los enredos de Riperdá, y de diversos hechos y episodios que no son del caso, se proyecta un Congreso que habría de inaugurarse en Soissons el 14 de junio de 1728, para resolver la complicada situación internacional.

Las altas cualidades que había mostrado el Marqués de Santa Cruz fijaron la atención del Gobierno de Felipe V, y éste comuni-

có el 25 de julio de 1727 al Duque de Saboya que había decidido nombrar a aquél segundo Plenipotenciario para dicho Congreso, y que lo sustituiría por otro Mariscal de Campo en su condición de rehén, pues ¡todavía! no se había resuelto lo de la artillería.

El primer Plenipotenciario era el presuntuoso Duque de Bourbonville (que fué tachado de poco leal y se mostró receloso de Navia Osorio), el tercero lo fué D. Joaquín de Barrenechea, figurando como jurista el ilustre D. Melchor de Macanaz.

Aunque no correspondía a Marcenado la dirección de la Delegación española, se destacó por sus grandes dotes y por su brillante intervención en la defensa de los intereses de España, aunque ello resultó inútil, porque éstos no preocupaban a Isabel de Farnesio (que intervenía demasiado en los asuntos de Gobierno por la abulia de su esposo, Felipe V) sino que se diera a sus hijos Estados en Italia, lo que logró en el Convenio de Sevilla, de 6 de junio de 1730, entre España e Inglaterra, altamente beneficioso para ésta.

Los plenipotenciarios del Congreso de Soissons, que habían perdido su tiempo en consultas a sus gobiernos y en expedientes dilatorios, decidieron trasladarse a París en 1729 para continuar allí sus inútiles tareas.

La estancia de Navia Osorio, en París, que duró dos años, la aprovechó para estudiar en sus bibliotecas y para redactar múltiples trabajos.

Allí conoció y trató al ilustre tratadista militar francés Caballero de Folard, que mostró gran estima y admiración por nuestro Marqués, con el que mantuvo relación frecuente sobre materias filosóficas y militares, y sobre las armas de la época, en cuyo mejoramiento se ocupaban ambos.

Era en momentos de excelente relación entre España y Francia.

Allí, como en otro lugar dijimos, publicó el Marqués de Santa Cruz, el Tomo XI de sus *Reflexiones Militares*.

Y llegamos a la etapa final de la gloriosa vida del Marqués de Marcenado.

El 26 de enero de 1731 salió de París, para España, llegando el 23 de febrero a Sevilla donde estaba la Corte.

Según Macanaz, Felipe V lo recibió con gran alegría, y se propuso nombrarlo Ministro de la Guerra, en sustitución del Marqués de Castelar que había sido nombrado Embajador en París, pero parece que los del partido de Isabel de Farnesio, que le eran hostiles, intrigaron para que fuera alejado de la Corte.

El 23 de julio de dicho año fué nombrado *Gobernador de Ceuta*, sustituyendo al Conde de Charny, al que se destinó, con este solo objeto, a mandar la guarnición española de Toscana.

Atraviesa por tercera vez el Estrecho para ir a Africa. Otra vez gobierna una plaza.

GUERRA EN AFRICA

Decide Felipe V recuperar Orán, y organiza una expedición al mando del Conde de Montemar, designándose al Marqués de Santa Cruz, que ya era Teniente General, como segundo del Conde de Montemar, o, mejor, como *Jefe de Estado Mayor* de la expedición.

Le vemos, pues, de nuevo, en *expedición marítima* en el Mediterráneo, y en funciones de *Estado Mayor*, lo que prueba la alta estima en que se le tenía por sus grandes cualidades.

La expedición, salió del puerto de Alicante el 15 de junio de 1732 y desembarcó el 29. Tras una batalla favorable, entran nuestras tropas en Orán el 3 de julio.

Inexplicable, y lamentablemente, no se continuó la acción tan afortunadamente comenzada, retirándose la Escuadra a España ante el asombro de los moros cuya moral estaba deprimida, la que, dada su impresionable psicología, recobraron inmediatamente, reaccionando con violencia contra dicha plaza. No se explotó el éxito, lo cual, naturalmente, no dependió del Marqués, cuya doctrina, en este punto, conocemos.

Allí quedó D. Alvaro, de nuevo, y por última vez, como *Gober-*

nador de una plaza, sitiada esta vez con gran tesón y audacia por los moros.

Ordenó una salida para destruir o tomar la artillería del sitio, y las tropas que lo hicieron tuvieron éxito en los primeros momentos. Los moros se retiraron ante ellas, que los persiguieron, y aquellos siguiendo su táctica habitual ante fuerzas importantes, aparentaron que huían, y sus espías, falsos confidentes de D. Alvaro (que, desde la muralla seguía la operación con su catalejo) manifestaron que aquellos no tenían más fuerzas que las que se veían. Atraídas así nuestras tropas, por su ardor combativo, al interior, se vieron sorprendidas por fuerzas superiores y, sobre todo, por numerosa caballería que los envolvió; nuestros soldados lucharon desesperada y bravamente, pero fueron derrotados, replegándose a Orán los que se salvaron. D. Alvaro salió con dos mil soldados para tratar de salvar a los que se retiraban y restablecer la situación, y al llegar al lugar en que se luchaba, se puso a la cabeza de sus soldados y cargó contra los moros con tal empuje y valentía que los contuvo y rechazó—asombrados de su audacia—en los primeros momentos, pero rehechos, muy superiores en número y exaltados por la moral de la victoria que habían logrado antes, volvieron al ataque con más fuerza y triunfaron de nuevo, refugiándose en la plaza los escasos españoles supervivientes.

El Marqués de Santa Cruz se multiplicó en el combate, acudiendo a todas partes, batiéndose personalmente contra los moros y turcos; pero fué herido y derribado del caballo. Su cabeza fué cortada y llevada en triunfo hasta Argel.

Así murió, como un héroe legendario, aquel soldado ilustre y glorioso.

Su muerte, en plena madurez, y cuando más podía espararse de sus altas dotes, fué una gran pérdida para España.

Felipe V mostró gran dolor al conocer su triste fin, lamentándolo como una desgracia nacional.

Las intrigas de sus cortesanos, que lograron alejar de la Corte

a tan claro varón, que hubiera sido un gran Ministro de la Guerra —como Felipe V deseaba—lo confinaron en aquel mando de plaza inferior a sus méritos.

La incuria de nuestros gobiernos, dejando en Orán a Navia Osorio con fuerzas insuficientes, fué causa principal de aquel desastre; pero, en cuanto al hecho táctico en sí, debemos hacer una especial consideración.

En 1509 empezó nuestra acción africana con la toma de Mazalquivir. Habían pasado 223 años y, se ve que nadie había estudiado y escrito la guerra en Africa (a pesar de reveses como el que costó la vida al Conde de Alcaudete en 1558, y el de la muerte de don García de Toledo en Gelves (1), ni la psicología del combatiente africano, pues, de haberse hecho así, es seguro que D. Alvaro—que tanto había leído—conociera esto también, y ello le hubiera evitado este descalabro en el que fué muerto.

Lo peor fué que siguió esta ignorancia, y que ella nos produjo nuevos desastres, desde 1909 (177 años después del que sufrió aquél) a 1927, en nuestra última guerra de Marruecos.

Le falló al Marqués el servicio de información, en el que era tan ducho; pero fué porque no conocía la psicología de los moros. Sus tropas cayeron en una emboscada por desconocimiento de la guerra africana.

Si un bel morir tuta una vita onora, no puede darse más bello y heroico remate a una vida gloriosa, aunque ésta no necesitase de tan triste y gallardo fin para ser honrosa e inmortal.

• • •

Hemos visto, que el Marqués estuvo, en su vida militar—que fué, casi, su vida entera—en las situaciones más variadas, y que conoció los más diversos trances.

Esto le dió una gran experiencia y le facultó para escribir sobre la guerra con el más profundo conocimiento de causa.

(1) Isla de Jerba o Yerba.



SU MAGNA OBRA

«REFLEXIONES MILITARES»

La política y la guerra van mezcladas en el libro, exactamente como en la vida; pero, dentro de esa característica general, podemos dividir aquélla en dos partes, en las que una u otra predominan, por este orden: la primera, que abarca desde el comienzo de la obra hasta el Libro IX, y la segunda, desde éste hasta el final. En ambas se atiende, también, a los valores de orden moral.

En la que consideramos primera parte (que no corresponde a división ninguna de la obra, dividida en XXI Libros, de los que hablamos en otro lugar) se tratan las siguientes materias, enunciadas *grosso modo*, por la obligada brevedad:

El Libro I afecta al Mando, y hace referencia a los aspectos que hemos indicado, como se deduce de su título:

«Virtudes morales, políticas y militares de un generalísimo de país y Ejército».

Esto no puede tener un valor más actual.

Llamamos la atención sobre el título de «generalísimo», que algunos creen contemporáneo nuestro.

El Libro II hace referencia concreta a la directa relación entre la política y la guerra, como se ve también en su título:

«En que se trata de los motivos de conservar la paz o hacer la guerra, y de las convenientes precauciones sobre las alianzas, y en cuanto a los socorros que se bayan de recibir o dar».

Es maravilloso de perspicacia, y contiene mucha doctrina aplicable en cualquier tiempo.

El Libro III afecta a la ante-guerra, ya adoptada la resolución de entrar en esta. Su título es:

«Disposiciones para antes de comenzar la guerra interiormente resuelta» (quiere decir, en secreto.)

Alude a una serie de juiciosas precauciones, relativas a reconocimientos de frontera, compra o fabricación de armas y elementos diversos, cartas geográficas del país enemigo, preparación de abas-

tecimientos, disposiciones para la movilización (a fin de estar presto a entrar en campaña antes que el adversario), instrucción de las tropas y otros extremos igualmente interesantes.

El Libro IV tiene el mismo carácter político-militar, y afecta a «*lo que parece conveniente ejecutar en el principio de una guerra*».

Prescribe, implícitamente, su previa declaración, y trata de la explicación que el Príncipe dará a sus súbditos para que la consideren *justa* y necesaria, y acudan gustosos a ella, presentándola de igual modo a los demás Estados; habla de la manera de desbaratar posibles ligas de alguno de éstos con el país rival; de la concentración de fuerzas, con la buena doctrina (acorde con lo que después diremos de la guerra ofensiva) de pensar siempre en comenzar la campaña invadiendo el país enemigo; del buen trato que se debe dar a los prisioneros que se hagan; previsiones respecto al General en Jefe enemigo; bandos, órdenes, recompensas, y otras muchas disposiciones interesantísimas.

El Libro V se titula «*Del campar*», y habla de las condiciones que deben tener los campamentos y vivaes, fortificación de aquéllos, cuando proceda; providencias para su defensa; convoyes; forrajés; precauciones contra los espías, y contra los merodeadores, a los que llama *merodistas* y *merodes*, dando la siguiente explicación sobre estas palabras: «Por algún Jefe de la casa de Merode que permitió a sus soldados excesiva licencia, se llaman hoy merodistas los que con pretexto de ir a buscar en las cercanías del ejército ensalada o fruta, roban cuanto hallan en las aldeas o en sus campañas»... Ese libro trata también de otras medidas relacionadas con el país ocupado.

El Libro VI se titula «*De las marchas*». Trata de los guías, de las partidas avanzadas para observar los movimientos del enemigo; de las marchas en montañas, llanuras, bosques, etc.; empleo de la Caballería en esta fase; marchas de noche; pasos difíciles; forrajés, emboscadas, etc.

Libro VII «*De los espías amigos y enemigos*»

Trata del espionaje y el contraespionaje, y, en general, del ser-

vicio de información, con extraordinaria sagacidad, mostrándose maestro en tan delicada función, que él dirigió con gran arte en la guerra.

Libro VIII. Habla de las rebeliones, y es interesantísimo, sobre todo en el aspecto político. Es un verdadero tratado de política.

Su título general es:

«Contra las rebeliones de los pueblos, de las tropas y de los jefes, y contra las que son fomentadas por algún príncipe que pueda alegar aparente o disputable derecho a las tierras de tu soberano».

Está dividido en seis DISCURSOS, forma de subdividir las cuestiones tratadas ya empleada por anteriores clásicos militares españoles.

He aquí sus títulos:

«DISCURSO PRIMERO: *Para que no llegue a los pueblos el intento ni la ocasión de tumultuar».*

«DISCURSO SEGUNDO: *Señales de rebelión en país sospechoso, y forma de aclarar el recelo que se conciba de la fidelidad de algunos particulares y pueblos.*

«DISCURSO TERCERO: *Diligencias convenientes desde que se averigüe con certidumbre que el país inclina a la rebelión, y que tal vez serán bastantes para que ésta no llegue a tener efecto.»*

«DISCURSO CUARTO: *De lo que sea conveniente ejecutar desde que principia, ya declarada, la rebelión de un país hasta que llega el caso de perdonar a los rebeldes para poner en quietud a los pueblos».*

«DISCURSO QUINTO: *Sobre el perdón que se concede a los rebeldes. Forma de hacerlos desaguerridos, y modo de tratarlos después de sosegados».*

«DISCURSO SEXTO: *Contra los tumultos y las rebeliones de las tropas».*

Este Libro es magnífico; para nosotros el mejor de la obra, con tener ésta tantos otros llenos de belleza y de profundidad.

Este Libro es un tratado de buen gobierno de los pueblos y en él procura el Marqués prevenir los conflictos con medidas acertadas, y atajarlos, cuando han estallado, con otras medidas adecuadas a cada momento y a cada situación.

El criterio que aquél sustenta es ponderado y sereno, lleno de generosidad—como correspondía a sus cristianos sentimientos—; pero, a la vez, firme, hábil y cauto, buscando la ejemplaridad para evitar mayores males.

Vamos a examinar ahora lo que nosotros consideramos como una segunda parte, en orden a las disciplinas en ella contenidas.

Parece que los Libros V (*Del campar*) y VI (*De las marchas*) debieran estar en ésta que llamamos segunda parte, precediendo a estos otros Libros de contenido marcial; pero, seguramente, están donde se hallan porque, aún tratando ambos sus respectivos temas con carácter general, y, por tanto, con aplicación a cualquier momento de una campaña, hacen allí especial referencia, el primero a la concentración de tropas para iniciarla, y el segundo al movimiento de las tropas hacia el enemigo, cosas ambas, en ese período inicial, relacionadas con la política, que es la que señala la orientación del primer plan de operaciones, el cual suele variar según el resultado, favorable o adverso, del primero o de los primeros grandes choques con el enemigo.

Esa parte militar, de las *Reflexiones* (siempre influenciada por la política), comprende lo siguiente:

Libro IX.—Su título es: «*Guerra ofensiva en general, y expedientes para conservar con el arte las provincias adquiridas por el mismo (1), o con la fuerza.*»

Encomia, al comenzar, las excelencias de la ofensiva, que él practicó siempre que ello dependió de su voluntad, como hemos visto al reseñar su vida. El Marqués sentía la realidad de la guerra, que nos enseña que la ofensiva es lo único resolutivo.

Cerca de un siglo después, escribía Napoleón I: «Haced la guerra ofensiva, como Alejandro, Aníbal, César, Gustavo-Adolfo, Turana, el Príncipe Eugenio y Federico...»

El Libro X estudia *el combate*, en consideraciones generales.

Su título es: «*Donde se discurre de las ocasiones en que es útil solicitar un combate y de la forma de precisar los enemigos a él.*»

(1) Aquí aparece la política.

El combate es el acto fundamental, en la guerra, y a su buen planteamiento y resolución debe subordinarse todo; Marcenado le da el alto valor que tiene sobre las habilidades maniobreras para burlar al enemigo y rehuirlo, hecho que calificó a la artificiosa estrategia de su siglo hasta Federico II (precisamente influido por nuestro Marqués de Santa Cruz), el cual fué llamado, con razón, «una excepción en el siglo XVIII».

El combate es la consecuencia natural del espíritu de ofensiva.

En esto, también, se adelantó el Marqués de Santa Cruz a Napoleón, el cual, en Leoben (Estiria), en 1796, en el armisticio que precedió a la paz de Campo Formio, en ocasión de hallarse hablando amigablemente, de cuestiones profesionales, con los generales austriacos, dijo a éstos:

—*«En Europa hay muchos buenos generales, pero ellos ven demasiadas cosas, yo no veo más que una, que son las masas, para destruirlas».*

Ahora, bien: no se puede destruir una masa armada más que por el combate, al cual enfocaba Bonaparte todas las combinaciones de su estrategia.

En el Libro XI sigue estudiando el combate, en su preparación; es decir, en las disposiciones para abordarlo. Su título es: *«Disposiciones para una batalla ya resuelta por ambas partes».*

Habla, en primer lugar, del terreno, cuyo alto valor táctico (valor positivo, claro es) es bien sabido.

Este libro es importantísimo, pero no podemos entrar en detalles sobre él. Solo diremos que, en su capítulo VI se preconiza el *orden oblicuo*, de batalla, que hizo después, famoso Federico II, y del cual hablamos en otro lugar.

El Libro XII habla de preceptos aplicables durante el desarrollo del combate. Título: *«En que se dan avisos para durante una batalla, y a fin de que se declare por tuya la victoria después de un indeciso combate».*

Habla del lugar del Generalísimo en la batalla, de las órdenes, del fuego y, en fin, de las medidas a tomar en caso de estar indeciso el éxito.

El Lib. XIII trata de la explotación del éxito táctico. Título:

«Donde se examina la conducta que debe tener un general del ejército que acaba de ganar una batalla».

Aquí está su doctrina de la *persecución*, que él practicó en el campo, y que Federico II no vió al estudiar su vida y sus *Reflexiones Militares*, pues no la practicó: es fundamental en la guerra, y hubiera dado incalculable alcance a sus victorias.

Es lo que el Marqués de Santa Cruz de Marcenado llama «*extinguir en el alcance a los derrotados enemigos*». Es, en fin, lo que después llamó Napoleón, *destruir las masas*. Fué un genial atisbo del concepto moderno de la guerra.

Contiene otras cosas, cuyo comentario extendería mucho este trabajo.

El Lib. XIV trata de la *guerra de plazas*, en la que tan práctico era el autor. Su título es:

«*Ataques y bloqueos de plazas, capitulaciones y toma de aquellas, contra los socorros de las mismas: avisos para cuando se haya de levantar un sitio o demoler o conservar la rendida plaza*».

Observemos, dicho sea de pasada, que los títulos son largos, pero esto era signo de la época, y así los vemos en obras coetáneas de Marcenado lo cual ya se había visto también en el «*Quijote*», aparecido más de un siglo antes que las *Reflexiones Militares*.

En el Lib. XIV vuelca Marcenado su gran experiencia sobre la materia, aduciendo múltiples ejemplos aplicables a cada aserto.

Subsiste buena parte de su contenido, de carácter general, pero hay bastantes preceptos que hoy están anticuados ante los progresos y variaciones de la fortificación, y, sobre todo, de los métodos de ataque a las plazas y a las obras de carácter permanente, en lo que ha habido una verdadera revolución, especialmente por los bombardeos de la aviación, y, no digamos, ante el enorme horizonte que abre la bomba atómica, cuyo empleo está especialmente indicado contra ciudades (hoy objetivos de guerra por sus fábricas e instalaciones militares, y, más, cuando se las declara «no abiertas», como ocurrió en la reciente guerra con Berlín) y otras plazas fuertes; lo que obligará a estudiar organizaciones defensi-

vas—si son posibles ante ella—de carácter novísimo, en las que habrá que buscar defensa adecuada contra sus aniquiladores efectos, sea protegiendo los órganos vitales de la industria y los grandes parques y almacenes de todo orden bajo enormes masas cubridoras (1), sea empleando ingenios de defensa antiatómica (si así puede decirse), basados en principios científicos adecuados, empleados mecánicamente; pues, aunque parece imposible hoy contrarrestar la acción de la bomba atómica, siempre contra el veneno existió la triaca. Hace pocos días ha dicho la prensa que, en los propios Estados Unidos, creadores de aquella, se cree haber encontrado el arma apropiada para contrarrestarla: un cañón, dirigido por el Sistema «Radar», (2) capaz de derribar todo avión que se acerque en un radio de acción de 16.000 metros al lugar de su emplazamiento. Esto está especialmente indicado para proteger los elementos superficiales y los órganos activos de la defensa, lo que requiere reacción activa también.

Este libro necesita rigurosa revisión. Es muy extenso.

Libro XV. Se titula: «*Sorpresas de plazas y cuarteles y de tropas en campaña*».

En parte, afecta su contenido al del anterior; pero aquí se ocupa el autor, preferentemente, del factor *sorpresas*, de tan alta importancia en la guerra que ha sido considerado por bastantes tratadistas como uno de los grandes principios del arte militar.

Este es un libro interesantísimo, en que Marcenado muestra sus grandes conocimientos y su sagacidad.

El Lib. XVI, titulado «*Emboscadas y pasajes de ríos*», tiene preceptos aún aplicables, aunque, respecto a lo segundo, se ha progresado

(1) Si hay modo de inmunizarlas, contra la radioactividad de una bomba atómica que caiga sobre ellas.

(2) Radio-locación o localización. Localización de un objeto, por ondas de radio, sin cooperación activa del objeto. Creemos impropio decir, en este caso, «locación», ya que esta palabra significa «arriendo» (del latín *locatio*). En cuanto a la neutralización de los efectos de esa bomba, ya se proyectan buques en Inglaterra, capaces de soportar la presión de aquella.

do mucho desde entonces, no sólo en lo que afecta a puentes de campaña, barcas, etc., sino en cuanto a procedimientos para forzar un curso de agua, por caudaloso que sea, a viva fuerza, bajo la protección del fuego de la artillería y de la aviación.

El *Lib. XVII* trata de la «*Guerra defensiva*».

Comienza hablando «*Sobre combatir en tierra, o en mar, a enemigos ultramarinos, cuando te dispongas a la defensiva*», con lo que muestra su atención a la guerra marítima, en la que vimos intervino.

Habla, además, de la situación de las distintas fuerzas y de los elementos de la defensiva, en la guerra terrestre, y de los famosos cuarteles de invierno.

También lo hace del modo de atacar a un ejército que está a la defensiva. Esto parece que debía exponerse al tratar de la ofensiva, pero está bien aquí, al enseñar al que está a la defensiva cómo puede ser atacado.

El *Lib. XVIII*, se titula: «*Ocasiones en que deberás evitar un combate. Medios para que los contrarios no te obliguen a él, y advertencias para en caso que no puedas ya diferirle por mucho tiempo*».

Habla de terrenos desfavorables para combatir, en determinados casos; de la situación que crea una desventajosa inferioridad de tropas y elementos respecto a el enemigo; del estado moral de aquellas, en relación con el combate a abordar; y de otras circunstancias que muestran que, así como Marcenado, en circunstancias favorables, trataba de crear los acontecimientos, procuraba siempre evitar tener que sufrir los que se quisiera imponerle en condiciones desventajosas, lo que prueba su perspicacia.

Libro XIX, Título: «*En que se discurre de las oportunas diligencias para después que seas derrotado*».

Su previsión alcanza, como se ve, a todos los trances que la guerra puede imponer, y, por tanto, a los adversos.

Estudia el modo como debe retirarse un ejército derrotado para evitar el desorden, que trae la desbandada y el aniquilamiento (que él buscaba contra los que se retirasen así); medidas para contrarrestar la persecución que haga el enemigo, y modo, también

de intentar rehacerse, y de probar fortuna en una segunda batalla.

El Libro XX es como continuación del anterior, pues sigue tratando de las retiradas de un ejército, pero aquí se refiere al que, sin haber combatido, se vea obligado a ésto por una situación de inferioridad, recomendando que se procure sacar, en el repliegue (más bien marcha retrógrada) algunas horas de ventaja al enemigo y en el momento que se crean más adecuados para detenerse voluntariamente en condiciones ventajosas. Dedicó, también, especial atención a las retiradas de noche y a las que se hacen atravesando bosques, desfiladeros y otros parajes difíciles, sin omitir la posibilidad o la necesidad de combatir durante la retirada para facilitarla frenando al enemigo e, incluso, procurando causarle graves daños con reacciones ofensivas violentas e inesperadas.

Termina aconsejando que el General en Jefe, anciano, se retire del «comando», «antes que la desgracia o la envidia lleguen a borrar su gloria».



Esta edición sólo contiene los XX Libros de la impresa en Turín.

No tiene división en tomos, a diferencia de otros anteriores.

El Libro XXI trataba de organización militar.

CONSIDERACIONES FINALES

Fué uno de los más grandes tratadistas de arte militar que ha habido en el mundo.

Penetró en el gran drama de la guerra, que analizó en sus aspectos social, político y moral, con un sentido profundamente filosófico y humano.

Nos referimos aquí a la acepción de la palabra filosofía que dice que esta es la ciencia que trata de la esencia, propiedades, causas y efectos de las cosas naturales; en este caso de la guerra, que es un fenómeno de la naturaleza.

La guerra es un fenómeno social, y nace de los conflictos que se plantean por la convivencia entre los hombres, a la cual les lleva su innata inclinación a la sociabilidad y a la insuficiencia de los medios de cada hombre o de cada grupo social, en sus diversas gradaciones y categorías para satisfacer sus necesidades particulares, lo que si bien se logra por la mutua cooperación, origina a veces choques, desde los individuales a los colectivos, por oposición de ideas o de intereses.

Ambas cosas tuvo presentes el Marqués de Santa Cruz, en sus reflexiones sobre la guerra, y, adelantándose a su tiempo, concentró y quiso que se concentrara la atención, no sólo sobre las causas de la guerra de carácter psicológico y físico o meramente humano (lo que ya era una posición nueva y original), sino también sobre el influjo en ella de factores de tipo económico.

Y esto siempre será útil, dada la constante reiteración de la guerra.

La tierra, el mar, y, modernamente el aire, están constantemente entregados a las disputas de los hombres. El medio geográfico, y otros factores, crean diferencias ideológicas y económicas entre los pueblos, que conducen a veces a conflictos armados. Y, así como la acción jurídica ha reglamentado los conflictos individuales, pero no puede evitar que éstos, en ciertos casos, produzcan actos de violencia, tampoco se ha podido evitar éstos entre Estados o Naciones, a pesar de los intentos, siempre laudables, de reglamentar las relaciones entre esas colectividades organizadas.

La guerra ha existido y, seguramente, existirá siempre, como ley natural.

Repetimos el aforismo latino: *Dura lex, sed lex*.

Y recordemos otro, también, relacionado con esta materia. Como la guerra—no nos hagamos ilusiones sobre esto—existirá siempre, y el triunfo será del más fuerte y mejor preparado para ella, es preciso no cejar nunca en esa preparación para ella, pues esa será, al propio tiempo, la mejor garantía de la paz, siendo eterno ese

otro aforismo romano al que antes aludimos: *Si vis pacem para bellum*.

Para esta finalidad son de la más alta importancia obras como las REFLEXIONES MILITARES de nuestro Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

Los horrores de la guerra, que vivió y presenció, le arrancan sentimientos humanitarios, que ejercitó y que propugnó en sus *Reflexiones*.

El Marqués estudió todos los trances, favorables y adversos, que la guerra tiene; pero lo hizo también de la naturaleza de las armas (introduciendo en ellas innovaciones y progresos notables), la organización de las tropas, las evoluciones tácticas y los mil aspectos de la vida y del funcionamiento de un Ejército.

Fué, por ello, un tratadista completo, quizá el más completo que ha existido, puesto que abarcó tan amplia cuestión en todos sus aspectos.

El estilo de las *Reflexiones Militares* es sobrio, conciso y preciso, huyendo de galas retóricas impropias de la materia tratada, pero siendo con frecuencia elegante. Es cierto que allí se advierten algunos galicismos, pero, como se dice en la edición de 1885 (Biografía de Marcenado), éstos estaban muy admitidos entonces, y en él concurrieron a esto su larga estancia en el extranjero y otros motivos que expone en sus *Reflexiones*.

Es sorprendente ver como se libró del barroquismo literario de su época, en el texto de sus *Reflexiones*. No del todo en los títulos.

Su obra es de análisis, como corresponde al siglo en que la escribió, siglo analítico, atormentado en la gestación de nuevas normas de vida.

Pero, de las aberraciones, la incredulidad y los desvaríos de su tiempo (de los que no se libró su amigo el Caballero de Folard, ilustre tratadista militar francés, que sumó a los convulsionarios fanáticos del partido jansenista, seguidores extravagantes del diácono Páris), le libró su ortodoxia, su sentir cristiano, tan firme y sólido que le permitía leer sin contaminarse los libros más peligrosos

por sus teorías audaces o revolucionarias, pues, ya, en su tiempo, se presentía la tormenta que había de estallar en 1789: La Revolución Francesa.

Las *Reflexiones* son un modelo de sagacidad, sensatez y buen juicio.

De esta obra no puede darse una idea completa en un breve trabajo, repetimos. Por eso aconsejamos su lectura íntegra.

En Marcenado se observa, decimos, un dominio completo del léxico castellano, precisión en los conceptos y un estilo fácil, con frecuencia elegante, muy distinto del oscuro y alambicado de su época.

En sus *Reflexiones Militares* es donde mejor puede apreciarse esto. En cuanto al fondo, campean en esta obra magistral, pensamientos filosóficos y otros de honda psicología, con rasgos abundantes de conocimientos de orden político y del profesional de la milicia, adornado todo con un gran dominio de la Historia. Revela una pasmosa erudición, de modo sencillo y natural, sin alardear de ella. Cada concepto fundamental que expone va ilustrado, con gran propiedad y tino, por múltiples ejemplos, mostrando así el alto valor que da a la Historia en los distintos aspectos de la clásica definición ciceroniana.

Es, acaso, el primero en prodigar los *casos concretos*, en sus mil citas históricas, para ilustrar muchos de ellos.

Tan altas cualidades de su persona y tan claros valores de sus *Reflexiones* (producto de sus hondas meditaciones y de su experiencia profesional) explican bien la pronta y general difusión que alcanzó este libro, por sus caracteres de universalidad, ya que sus conceptos no tenían un significado particularista español—aunque tiene enjundia española—sino que eran, y son aún, en gran parte, aplicables a cualquier país y a cualquier ejército. Su resonancia fué enorme.

De esta obra nos importa lo que tenga carácter perdurable o de actualidad. El comentario de todos los preceptos de obra tan voluminosa requeriría otra más voluminosa aún, claro es.

Maquiavelo aconseja al Príncipe; Marcenado, aunque lo hace, a veces, también a éste (especialmente en el libro VIII), aconseja, sobre todo, al que sirve al Príncipe y, más concretamente, al General en Jefe de su Ejército, pensando siempre en la defensa de la Patria y en su engrandecimiento.

Pero, mientras Maquiavelo, dolorido, en su amor a ella, ante una Italia, más que fraccionada, atomizada, aconseja al Príncipe sin escrúpulos y sin tener en cuenta la moral, los consejos de Marcenado son rectos, nobles, elevados, de la más pura moral cristiana, pues constantemente tuvo presente los preceptos de la Religión. Sustenta el concepto de la guerra justa, como el Padre Vitoria y otros eminentes tratadistas españoles.

También él, al servicio de una Nación que, aunque había ido declinando desde los últimos años de Felipe II, aun era poderosa y temida, y conservaba un gran Imperio ultramarino (aparte de posesiones en Africa y en Europa), vió a su Patria invadida por tropas extranjeras, con el Gobierno casi siempre en manos de extranjeros, y desgarrada en terrible guerra civil, por la europea de Sucesión al Trono de España. Y, sin embargo, nunca aconsejó artemías para salvarla, sino medios elevados y rectos.

Así como el famoso libro de Maquiavelo se titula *El Príncipe*, el de Marcenado debiera titularse *El General*, porque para este mando (especialmente para el General en Jefe de un ejército), escribe en los aspectos profesional, militar y político (tan ligado éste a aquél), aunque, a veces, se dirige al Mando, en general, o a Jefes de destacamentos o de fuerzas aisladas.

Se explica en cierto modo, aunque no pueda justificarse, que las *Reflexiones Militares* no fueran tan leídas como merecen, por lo confuso de varias ediciones, que no destacaban debidamente sus títulos, capítulos y citas históricas.

Además, bastantes extremos de su contenido se habían anticuado y era preciso eliminarlos, y muchos datos de armamento, organización militar, etc., habían pasado de moda pronto, en la constante evolución que estas cuestiones tienen.

Y esto hacía engorrosa la lectura.

La edición que hemos consultado facilita aquélla. Es la de 1885.

Como subsiste, maravillosamente, lo fundamental de la obra, de enseñanza universal y perdurable, creemos debiera hacerse una edición totalmente moderna, expurgando más lo aun innecesario, y comentando sus preceptos en relación con la guerra contemporánea.

Fué filósofo y táctico. No fué estratega porque no le incumbió la dirección de la guerra.

Por no haber sido debidamente reconocidos sus grandes méritos, no tuvo Mando en Jefe de un gran Ejército, y ello le impidió poner en práctica sus grandes concepciones de la guerra, lo cual (visto lo que hizo con pequeñas fuerzas) le hubiera permitido lograr victorias grandes y decisivas; pues a la grandiosidad de sus ideas guerreras unía la audacia, la reflexión y la serenidad.

Simbolizó la *acción*, en todo momento, y, anticipándose a Bonaparte, fué, también, para él, el arte de la guerra, un arte *todo de ejecución*.

Las intrigas impidieron que España tuviera en el Marqués de Santa Cruz de Marcenado un gran General en Jefe de Ejército de Operaciones, o un magnífico Ministro de la Guerra (que hubiera sido excelente organizador y administrador él, que fué modelo de honradez, y que desatendió su hacienda para servir a la Patria) y, en todo caso, un gran diplomático.

Las intrigas cortaron los vuelos de este águila caudal, majestuosa y fuerte.

Fué hombre de acción y de estudio, al mismo tiempo, dándonos la pauta de lo que debe ser un General en todas las épocas.

La vida y la obra de Marcenado comprueban lo que nosotros hemos escrito en nuestro libro *Supervivencia de Napoleón I en la Guerra Moderna*, no basta el estudio, pero nada se puede hacer sin él, para ser buen General.

La gloria del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, que es la

de España, es también la de Asturias, no solo porque nació y se formó inicialmente en ella, sino porque el Regimiento que llevaba el nombre del Principado, integrado por valientes hijos de éste, estuvo a las órdenes de Marcenado durante casi toda su vida militar, en empresas de tierra y de mar, audaces y gloriosas.

Y, sobre todo, Asturias puede enorgullecerse de haber producido el mejor tratadista político-militar de todos los tiempos.